

## 2 Cultura

SUPLEMENTO DE LA NUEVA ESPAÑA  
JUEVES, 22 DE FEBRERO DE 2024

### El libro de Guerrero vindica un oficio imprescindible y maltratado

Viene de la página anterior

En 2014, Labayru fue denunciante en el primer juicio por crímenes de violencia sexual cometidos en la ES-MA. En ese contarse la autora detecta «una resistencia cerril a que su relato quede cercado por conceptos y términos que muchos de quienes pasaron por cosas parecidas usan de un modo natural». Labayru habla ahora del inútil sacrificio de aquellos revolucionarios—«Nuestra inmolación no sirvió mayormente para nada. O sí: le sirvió mucho a la dictadura para perpetuarse en el poder—, del modo en que sus antiguos compañeros la marcaron y repudiaron en el exilio como sospechosa. Y de cómo también consiguió sobreponerse a todo eso. Su resistencia es una superación del pasado, un distanciamiento que la lleva a «decir

La autora confronta lo que cuenta su protagonista con lo que de ella dicen los que la conocieron

algo que es una brutalidad: muchos militantes no tuvieron luego una vida muy rutilante. Para esta gente ser un sobreviviente es como que les ha dado un motivo en la vida», el destino que ella rechaza.

Con estricto método periodístico, Guerrero confronta lo que cuenta su protagonista con lo que de ella refieren quienes la han conocido de cerca, teje la historia con testimonios por cuyos resquicios se filtra la vida auténtica, muchas veces en forma de esa desmemoria que alivia la vergüenza por los comportamientos del pasado.

Ahora Silvia Labayru «relata, vestida con telas refinadas, el año y medio durante el que se vistió con ropa de mujeres muertas». Es, a su manera, una mujer marcada por «la maldición de la belleza que pagó tan caro» y cuya «potencia proviene del mismo sitio de donde provino todo lo demás: de su naturaleza discol, de su tremenda incorrección».

«La llamada» se ajusta de manera admirable a la convicción de su autora de que «el periodismo puede, y debe, echar mano de todos los recursos de la narrativa para crear un destilado, en lo posible perfecto: la esencia de la esencia de la realidad». De ese borrado de géneros, de ese empeño en el rigor y la palabra, brota la vindicación de un oficio imprescindible maltratado desde dentro y fuera.

## LIBROS

### «Bacon sin Bacon», la novela que nos desnuda y nos abriga

En el libro de **Fernando Beltrán**, el poeta toma la voz del pintor, una voz que viene del más allá, que cuenta lo que le ha pasado y, sobre todo, cuenta lo que ha sentido

Antonio Martínez Asensio

Escribir sobre «Bacon sin Bacon», un libro tan hermoso, tan terrible y tan luminoso, un libro que se lee con los pulgares clavados en las hojas, con la emoción contenida y a veces con los ojos cerrados, es muy difícil. «Bacon sin Bacon» es una novela esencial, profunda, conmovedora, en la que **Fernando Beltrán** nos habla de sí mismo a través de **Francis Bacon**, pero que, como su poesía, como la literatura, nos habla de nosotros mismos, de nuestros miedos, de nuestras búsquedas, de nuestros silencios. Una novela que te hiera, pero que inmediatamente te abriga.

Cuando la leí por primera vez fue como un disparo en el pecho. Pero lo peor (o lo mejor) es que cuando la lees por segunda vez sientes el mismo dolor, la misma presión, pero encuentras más cosas, como si hubiera muchos libros, uno debajo del otro, como si la lectura de las primeras líneas nos fuera descubriendo palabras escondidas que solo ves, que solo lees, la segunda vez. Es una novela donde lo que no se dice también termina siendo importante, porque como dice Fernando Beltrán, o Francis Bacon (con quien comparte iniciales), o **Flaubert**, el maestro de *le mot juste*, «si encontraras la palabra o la pincelada clave, la palabra o la pincelada exacta, callarías ya para siempre».

«Bacon sin Bacon» cuenta los últimos días

de Francis Bacon, enfermo, en Madrid, en busca de su amante, y donde morirá, solo, o acompañado de una monja. Así ocurrió de verdad. Y en «Bacon sin Bacon», el pintor es quien le da la palabra al poeta, se pone en sus manos, porque el pintor desconfía de las palabras. El poeta toma la voz de Bacon, una voz que viene del más allá, que cuenta lo que le ha pasado y, sobre todo, cuenta lo que ha sentido y recuerda acontecimientos de su vida y reflexiona y rom-

A veces aparece Beltrán, se cuele claramente en la historia, la hace suya, y esos momentos son mis favoritos

pe y grita y busca. Pero a veces, aparece Fernando Beltrán, se cuele claramente en la historia, la hace suya, y esos momentos son mis favoritos. Y otras veces ese poeta hace que se rebelen secretos del pintor, aunque el pintor no quiera, y hace que el pintor se enfade. «Cuento aquí algunas cosas, pero solo porque este extraño narrador, goliardo infame que se ha apoderado de mis últimos días, y cree estar justifi-

### Libertad con bultos

«Renata sin más», una radical novela emancipatoria que desnuda la imposición social y dibuja la tiranía del deseo

Eugenio Fuentes

Todo empieza cuando ella, todavía no tiene nombre, decide plantarse: «Un día les dije Estoy harta me voy». Ella es una empleada doméstica (interna) y ha decidido que trabajar no tiene sentido, que sólo conduce a pasar el día encerrada entre cuatro aborrecidas paredes y a guardar el dinero en una caja. «Quiero ser una persona libre, pasear, mirar», explica a sus desconcertados «señores». Y añade: «La libertad es sentarse en un banco y escuchar el canto de los pájaros». Las advertencias sobre la necesidad de ganar dinero para tener techo y comida no la van a arredrar: «No hace falta dinero, los bancos son gratis y los pájaros cantan sin cobrar». Su decisión está tomada.

Comienza así una aventura de tres días, con sus noches, en la que esta rebelde súbita deam-

bulará por el París de mediados de los 60 acompañada de unos magros ahorros y de sus únicas pertenencias, cuatro bultos que nunca abandona. La aventura, esta «Renata sin más» publicada en 1967 por la francesa **Catherine Guérard** (1929-2010), cobrará la forma de un monólogo interior, sólo puntuado por unas comas y unas mayúsculas muy eficaces, que puede ser visto como un canto radical a la libertad y, por esa vía, como un desnudo de las imposiciones que rigen la vida social en vísperas del mayo francés. No obstante, una lectura atenta añadirá razonables preguntas sobre la deriva esclavizadora de algunos deseos inquebrantables.

Guérard, una consumada y misteriosa narradora que tras publicar dos títulos se sumió en un silencio de medio siglo, dibuja una protagonista cuya peculiaridad extrema la convierte en el espejo social más preciso. Una mujer de edad inde-



**Renata sin más**

Catherine Guérard

Traducción de Regina

López Muñoz

Tránsito, 172 páginas

18,50 euros



Fotografía de Fernando Beltrán mirando un cuadro de Bacon en el Museo Thyssen tomada por una de sus hijas.



**Bacon sin Bacon**  
Fernando Beltrán  
Árdora, 172 páginas  
18 euros

cado para hacerlo por haber vivido él también cerca de la muerte, empiezo a intuirlo, sigue tirando de mi lengua. Y algo mucho peor, de mis sentimientos».

A lo largo de «Bacon sin Bacon», los que leemos a Beltrán, los que conocemos su obra, podemos seguir su rastro, en muchísimos sitios, como cuando dice que «la vida está muy por encima del arte» (o por debajo), cuando cita a Lezama Lima y su: «Aquí llegamos, aquí no veníamos», o habla del terrible «Nunca llegarás a nada» (no tenían razón los padres, Fernando, no la tenían). Pero, «cuanto más se dice de uno, más cosas quedan por decir». Y lo más inquietante de todo es cuando no podemos seguir el rastro de Fernando, cuando intentamos que puede ser él, cuando nos habla de «lo que a nadie has revelado», «lo aún no dicho», cuando pensamos si el niño al que el perro le muerde la pierna y le arranca un pedazo de carne será él, si la madre que perdió la conciencia no será la suya, no será el cuerpo moribundo de todas las madres, si el número de enfermo de Francis Bacon FB160 no serán en realidad las iniciales y el número de enfermo de Fernando Beltrán, si la habitación 417 no será la 172.

Y a partir de ahí, de esa inquietud, de preguntarnos si Fernando nos estará hablando de sí mismo, nos invade otra inquietud mayor, la de preguntarnos si Fernando no estará hablando de cada uno de nosotros.

En «Bacon sin Bacon» todo es dolor, todo es búsqueda, todo es memoria, pero también, según pasas las páginas, ocurre que el libro se llena de luz. Como si este libro abriera una claraboya en el techo de nuestras conciencias, para dejar pasar la luz, como en el estudio de Francis Bacon. «Una claraboya en el techo... Me escuchó y pienso de repente que llevo un montón de páginas intentando aproximarme sin querer a una cierta definición del arte, y tal vez acabo de llegar a ella. Una vez más, por mero accidente. Una claraboya en el techo. La lujuria de la luz, de pronto, en mi estudio revuelto, como dos cuerpos amándose».

ANTONIO MARTÍNEZ ASENSIO DIRIGE EL PROGRAMA DE LA CADENA SER «UN LIBRO, UNA HORA» Y ES, ASIMISMO, EL CRÍTICO LITERARIO DEL PROGRAMA «HOY POR HOY» DE ÁNGELS BARCELÓ

terminada que, con su indumentaria humilde, su creciente desaliño y sus cuatro molestos bultos, sólo puede ser tomada por una vagabunda. El problema es que ella no se ve así. Ella se ve como una mujer libre y dispuesta a defender su libertad: «En mí sólo mando yo», proclama. Su pretensión de deambular sin rumbo en busca de lo que la atrae (pájaros, árboles, flores, sol, grandes avenidas, tiendas bulliciosas) se le antoja inofensiva.

Renata, como acabará haciéndose llamar a veces, no repara en que su programa de vida conlleva necesidades logísticas que, pese a su espartana sencillez, entran en conflicto con sus deseos: los bancos no siempre están libres, algunas sillas de jardines son de pago, no se puede acceder al metro sin billete a guarecerse de la lluvia, muchos espacios obligan a circular ligera de bultos, las pensiones son cárceles que cierran sus puertas de noche, dormir en el descansillo de una escalera de servicio viola la propiedad privada. La maraña social reposa, en suma, en cientos de reglas derivadas en buena parte del derecho a la propiedad y de la organización social del trabajo y el descanso. Y esto contraría a Renata, toda una vida confinada en piso ajeno, quien sin amilanarse expresa su rechazo a la norma con cajas destempladas. De hecho, a medida que avanza la narración el lector irá completando el retrato de una persona

buena, sí, pero ignorante, racista, tozuda, descañada, muy suspicaz ante cualquier pregunta y, en consecuencia, muy dada a mentir.

Estos conflictos exteriores de la protagonista se ven a su vez alimentados por un poderoso conflicto interior. Su intransigente búsqueda de la libertad le desata un continuo deseo de imponer su voluntad sin matices y, lo que es más grave, la sume en una obsesiva espiral de interrogaciones sobre si hay algo o alguien que «mande» en ella. Limitada desde el exterior y desde su interior, será la lluvia la enemiga con quien Renata mantenga el más memorable, y a la postre decisivo, de sus combates.

En su tercer día de libertad, varada por el diluvio en un banco durante horas, la mujer acabará llamando la atención de un alma caritativa, otra mujer, que sin pretenderlo la encaminará hacia el horizonte final de esta espléndida narración abierta, muy apta para lectores curtidos en el teatro del absurdo. Una línea de promisión que parece augurar la posibilidad de aislarse del infierno sartriano, de «los otros». Lo cual no es anuncio alguno de un desenlace feliz. Ni trágico. Al fin y al cabo, sabemos desde Rimbaud que el yo también milita en las filas de «los otros». Así que, presumiblemente, Renata tendrá que seguir lidiando.

## Cobijo de madre

Los ciclos vitales roturan la poesía de Lola Mascarell en su última entrega, «Préstame tu voz»

Lauren García

Dos hechos biográficos ligados en el tiempo originan el último poemario de Lola Mascarell, que son desbordada fuente poética: la pérdida de una madre y el nacimiento de una hija. La escritora valenciana administra ambos temas en exactas proporciones, para firmar un libro de estampas, que son aceite puro y un sobrecogedor paisaje. Toma su nombre de un fragmento de «El infinito en un junco», escrito por Irene Vallejo.

El interior incide en la naturaleza, como un sentido ávido tras un trino de pájaros: «Mientras cruzo las huertas / en la hora del riego / pienso en salmo y juntura, / en palabras que suenan a oración, / en música y versos / que salvan a ese niño que regresa». Escuchamos las preguntas que pronuncian las grandes fuerzas telúricas, en reverberación de campo y montaña. Lo indefinible e inefable aviva esa perfección, para que no quede inocua y sea transcrita: «No se puede explicar la poesía. / Igual que ese rectángulo de luz / que atrapa mi atención esta mañana. / Un rectángulo apenas sobre el césped / entre el boj y el ciprés».

Se balancea el fallecimiento de la madre y el nacimiento del hijo sobre el hogar. Lola Mascarell, en medio de un leve sentimiento de asombro se detiene a estructurar el pensamiento poético. La luz se modula para orientar el poema, entre hechuras y costumbres de la vida mediterránea que amparan estos poemas y le dan un toque sutil y grácil.

Es obvia la influencia de Francisco Brines y la denominada escuela valenciana

Obvia es la influencia de Francisco Brines y la denominada escuela valenciana

lenciana de Vicente Gallego, Carlos Marzal y Miguel Ángel Velasco. Aunque Mascarell lleva estos poemas a su prisma y toque personal. Todo ese mundo, en el iniciático ritual de encontrarse como ser humano, para que después la poeta zanje el poema con una perla: «El sol de la mañana / no puede iluminar / la noche que se cierne / dentro de nuestro cuerpo».

La paz terrenal, entrecubierta de flores y árboles, se desplaza por nuestra condición efímera: «Todo lo que nos duele es pasajero». La cálida belleza del mundo es un acto transitorio, mientras los versos se constituyen como observación placentera y comunicativa: «Ya cerca de la noche / nos sentamos a ver pasar el tiempo / y el día se nos fue como viniera: / sin otra posesión que este contento / tan párvulo y sonoro como el mar». El tiempo que concluye, después de la felicidad y armonía. Los poemas viran del regodeo de la hija con el universo, mientras se percibe el rumor silencioso de la madre perdida.

«Préstame tu voz» es un paseo hermoso y lúcido, como una mañana clareada.



**Préstame tu voz**  
Lola Mascarell

Tusquets, 92 páginas, 15 euros

## 2 Cultura

SUPLEMENTO DE LA NUEVA ESPAÑA  
JUEVES, 22 DE FEBRERO DE 2024

### El libro de Guerrero vindica un oficio imprescindible y maltratado

Viene de la página anterior

En 2014, Labayru fue denunciante en el primer juicio por crímenes de violencia sexual cometidos en la ES-MA. En ese contarse la autora detecta «una resistencia cerril a que su relato quede cercado por conceptos y términos que muchos de quienes pasaron por cosas parecidas usan de un modo natural». Labayru habla ahora del inútil sacrificio de aquellos revolucionarios—«Nuestra inmolación no sirvió mayormente para nada. O sí: le sirvió mucho a la dictadura para perpetuarse en el poder—, del modo en que sus antiguos compañeros la marcaron y repudiaron en el exilio como sospechosa. Y de cómo también consiguió sobreponerse a todo eso. Su resistencia es una superación del pasado, un distanciamiento que la lleva a «decir

La autora confronta lo que cuenta su protagonista con lo que de ella dicen los que la conocieron

algo que es una brutalidad: muchos militantes no tuvieron luego una vida muy rutilante. Para esta gente ser un sobreviviente es como que les ha dado un motivo en la vida», el destino que ella rechaza.

Con estricto método periodístico, Guerrero confronta lo que cuenta su protagonista con lo que de ella refieren quienes la han conocido de cerca, teje la historia con testimonios por cuyos resquicios se filtra la vida auténtica, muchas veces en forma de esa desmemoria que alivia la vergüenza por los comportamientos del pasado.

Ahora Silvia Labayru «relata, vestida con telas refinadas, el año y medio durante el que se vistió con ropa de mujeres muertas». Es, a su manera, una mujer marcada por «la maldición de la belleza que pagó tan caro» y cuya «potencia proviene del mismo sitio de donde provino todo lo demás: de su naturaleza discol, de su tremenda incorrección».

«La llamada» se ajusta de manera admirable a la convicción de su autora de que «el periodismo puede, y debe, echar mano de todos los recursos de la narrativa para crear un destilado, en lo posible perfecto: la esencia de la esencia de la realidad». De ese borrado de géneros, de ese empeño en el rigor y la palabra, brota la vindicación de un oficio imprescindible maltratado desde dentro y fuera.

## LIBROS

### «Bacon sin Bacon», la novela que nos desnuda y nos abriga

En el libro de **Fernando Beltrán**, el poeta toma la voz del pintor, una voz que viene del más allá, que cuenta lo que le ha pasado y, sobre todo, cuenta lo que ha sentido

Antonio Martínez Asensio

Escribir sobre «Bacon sin Bacon», un libro tan hermoso, tan terrible y tan luminoso, un libro que se lee con los pulgares clavados en las hojas, con la emoción contenida y a veces con los ojos cerrados, es muy difícil. «Bacon sin Bacon» es una novela esencial, profunda, conmovedora, en la que **Fernando Beltrán** nos habla de sí mismo a través de **Francis Bacon**, pero que, como su poesía, como la literatura, nos habla de nosotros mismos, de nuestros miedos, de nuestras búsquedas, de nuestros silencios. Una novela que te hiera, pero que inmediatamente te abriga.

Cuando la leí por primera vez fue como un disparo en el pecho. Pero lo peor (o lo mejor) es que cuando la lees por segunda vez sientes el mismo dolor, la misma presión, pero encuentras más cosas, como si hubiera muchos libros, uno debajo del otro, como si la lectura de las primeras líneas nos fuera descubriendo palabras escondidas que solo ves, que solo lees, la segunda vez. Es una novela donde lo que no se dice también termina siendo importante, porque como dice Fernando Beltrán, o Francis Bacon (con quien comparte iniciales), o **Flaubert**, el maestro de *le mot juste*, «si encontraras la palabra o la pincelada clave, la palabra o la pincelada exacta, callarías ya para siempre».

«Bacon sin Bacon» cuenta los últimos días

de Francis Bacon, enfermo, en Madrid, en busca de su amante, y donde morirá, solo, o acompañado de una monja. Así ocurrió de verdad. Y en «Bacon sin Bacon», el pintor es quien le da la palabra al poeta, se pone en sus manos, porque el pintor desconfía de las palabras. El poeta toma la voz de Bacon, una voz que viene del más allá, que cuenta lo que le ha pasado y, sobre todo, cuenta lo que ha sentido y recuerda acontecimientos de su vida y reflexiona y rom-

A veces aparece Beltrán, se cuele claramente en la historia, la hace suya, y esos momentos son mis favoritos

pe y grita y busca. Pero a veces, aparece Fernando Beltrán, se cuele claramente en la historia, la hace suya, y esos momentos son mis favoritos. Y otras veces ese poeta hace que se rebelen secretos del pintor, aunque el pintor no quiera, y hace que el pintor se enfade. «Cuento aquí algunas cosas, pero solo porque este extraño narrador, goliardo infame que se ha apoderado de mis últimos días, y cree estar justifi-

### Libertad con bultos

«Renata sin más», una radical novela emancipatoria que desnuda la imposición social y dibuja la tiranía del deseo

Eugenio Fuentes

Todo empieza cuando ella, todavía no tiene nombre, decide plantarse: «Un día les dije Estoy harta me voy». Ella es una empleada doméstica (interna) y ha decidido que trabajar no tiene sentido, que sólo conduce a pasar el día encerrada entre cuatro aborrecidas paredes y a guardar el dinero en una caja. «Quiero ser una persona libre, pasear, mirar», explica a sus desconcertados «señores». Y añade: «La libertad es sentarse en un banco y escuchar el canto de los pájaros». Las advertencias sobre la necesidad de ganar dinero para tener techo y comida no la van a arredrar: «No hace falta dinero, los bancos son gratis y los pájaros cantan sin cobrar». Su decisión está tomada.

Comienza así una aventura de tres días, con sus noches, en la que esta rebelde súbita deam-

bulará por el París de mediados de los 60 acompañada de unos magros ahorros y de sus únicas pertenencias, cuatro bultos que nunca abandona. La aventura, esta «Renata sin más» publicada en 1967 por la francesa **Catherine Guérard** (1929-2010), cobrará la forma de un monólogo interior, sólo puntuado por unas comas y unas mayúsculas muy eficaces, que puede ser visto como un canto radical a la libertad y, por esa vía, como un desnudo de las imposiciones que rigen la vida social en vísperas del mayo francés. No obstante, una lectura atenta añadirá razonables preguntas sobre la deriva esclavizadora de algunos deseos inquebrantables.

Guérard, una consumada y misteriosa narradora que tras publicar dos títulos se sumió en un silencio de medio siglo, dibuja una protagonista cuya peculiaridad extrema la convierte en el espejo social más preciso. Una mujer de edad inde-



**Renata sin más**

Catherine Guérard

Traducción de Regina

López Muñoz

Tránsito, 172 páginas

18,50 euros